

ma á las plantas de todos los grandes creadores del Renacimiento. Como Dante pudieron todos ellos exclamar:

Tu duca, tu signor e tu maestro

y Cervantes pasó la vida entera entre los dos grandes amores virgilianos, el campo y las armas, ya ensayando la silvestre avena como Títiro, *lentus in umbra*, ya cantando, *egressus silvis*, los combates del errante, piadoso paladín que á Eneas y aun á Aquiles aventajó.

La revelación que el clasicismo es para todo espíritu mozo, llovió sobre mojado en el alma de Miguel. A veces se pasaba horas y horas luchando con las aventuras y los lances del piadoso Eneas, y, rendido por la fatiga, tornaba los ojos amorosamente al querido Amadís de Gaula, al incomparable, al único y sólo despertador de la grandes energías españolas; y sin saber que Ignacio y que Teresa le habían devorado también cuando mozuelos, sentíase grande y capaz como Ignacio y Teresa juntos. Lejos huían las borrosas imágenes de los héroes latinos y griegos, y la romántica estampa del Doncel del Mar crecía gigantesca. En una lejanía confusa se ensoñaba la gloria.

Miguel tenía quince años.

CAPÍTULO IV

DE MADRID Á SEVILLA.—EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA.
EL AMIGO MATEO

Triste y menesterosa era la vida madrileña por los años de 1561 á 1564. Los ensanches necesarios al establecerse la corte, se hacían sin orden ni concierto. No se derribaban del todo las murallas, sino que se apoyaba en ellas la balumba de los nuevos caserones, tan feos y mal perjeñados, que viejos parecían. Corríanse únicamente, como huyendo la invasión del ladrillo y la teja, las antiguas puertas de la villá. La puerta del Sol se mudaba, camino de Alcalá adelante, y en su antiguo lugar abríase una plaza esquinuda y poco espaciosa. La puerta de Balnadú escapaba también camino de Fuencarral, y dejaba en su puesto la Red de San Luis. La puerta de Atocha bajaba desde Anton Martín al arroyo y olivar del Angel, en lo que después se llamó cerrillo de San Blas. Los campos circundantes de la villa, al llegar el invierno veían desaparecer primero las ramas, después los tocones de las encinas y del olivaje para proporcionar leña á los cortesanos en el fríísimo invierno de Madrid. Las alamedas, las olmedas, los acebales y pinares que, siguiendo el curso del río apretaban el recinto edificado, iban cayendo también para construir los nuevos palacios y casas vivideras. Como nadie creía que Madrid hubiera de ser en definitiva la corte, nadie hacía por procurar comodidades ni lujos en su residencia. La vacilación, propia del carácter de Felipe II, como de toda alma sutil, parecía comunicarse á cuanto le rodeaba, y sólo cuando fueron alzándose ingentes los murallones del Escorial, hubo la seguridad de que se había hecho algo duradero y macizo!

Por todas estas y otras razones, vivir en Madrid era caro y dificultoso. Rodrigo de Cervantes, á quien había nacido su séptimo hijo, Juan, vióse en nuevos y grandes aprietos. Fué necesario que la familia se partiese. Doña Leonor volvió á Alcalá de Henares, á la sombra del licenciado Cristóbal Bermúdez, padrino de Luisa, la cual ya tenía diez y seis ó diez y siete años. Parece muy probable, casi seguro, que Luisa no acompañara á la familia en sus andanzas, sino quedase en Alcalá, donde el licenciado Bermúdez, hombre piadoso y previsor, á quien no inspiraban confianza los arrestos ni los talentos del cirujano Rodrigo, inclinaría la voluntad de la niña hacia el claustro, haciéndola frecuentar los conventos y contraer espirituales y santas amistades. De esto debió de tratarse largamente en familia. Doña Leonor, discreta y sagaz señora, de muy otro temple y de muy distinta disposición que su marido, resolvió aprovechar tan buena coyuntura para procurar á su hija segunda la paz asequible en la tierra. Entretanto, por acuerdo de la misma Doña Leonor, Rodrigo y sus hijos Andrea, Magdalena, Miguel, Rodrigo y Juan, se trasladaron á Sevilla.

Quien no se haya fijado alguna vez en las llamas de curiosa y ardiente inquietud que brotan en los ojos de esos muchachos cuya familia anda errante de ciudad en ciudad, sin encontrar oportuno acomodo, no podrá imaginarse el estado de exaltación en que Miguel se hallaba cuando emprendió el camino de Sevilla entre 1563 y 1564. Un camino largo á pie ó á caballo y cuatro ó seis noches en posadas y ventas enseñan y ensanchan más el cuajo que siete cursos académicos. Paso tras paso, cruzó la caravana de los Cervantes la grave y cruel llanura manchega. Allí vió Cervantes por primera vez brotar el sol de la tierra como si de ella fuese fruto, y hundirse en ella, como si tras el horizonte no hubiese más mundo conocible; porque allí no nace el sol mandando como corredores y mensajeros de su venida haces de nubes doradas que cairelen los picos y dientes de los montes. No hay montes, parece que el mundo es llano y se acaba en las veinte leguas á la redonda, que alcanza la vista; y cuando la noche viene, el desamparo de la creación desolada es abrumador. La llanura cría los grandes valores, los arrojados ciegos, las fés inextinguibles. ¡Qué lugar limpio y

claro — pensaba Miguel — para un combate entre gigantes y caballeros! ¡Qué espaciosidad para una batalla entre ejércitos de innumerables combatientes! ¡Cuál se revolverían los hipógrifos clavando en el polvoriento terruño sus garras y meneando sus colas escamosas y batiendo sus alas ganchudas! Aquí, no hay temor de asechanzas, emboscadas ni trampantojos, como en terrenos quebrados ó en boscosos montes. Aquí la valentía del corazón y la fuerza del brazo triunfan sin otro artificio. ¡Oh, tierra de poema, oh, tierra de andantes caballerías! Y al cruzarla Miguel, repasaba en su memoria, no ya los latinados adalides de los poemas clásicos, sino los duros barraganes del romancero; y con la crudeza y asperidad del terreno le crecía el ya hambriento corazón.

Pasada Sierra Morena, imágenes nuevas, desconocidas, se le presentaban. Ya el rayo del sol era una halagadora caricia, ya el soplo del aire un aliento perfumado y puro y el sonreír de las mujeres, rayándoles de blanco el oro de la morena faz, alegraba la vida y su habla ceceosa, arrastrada, era música á los oídos. La hembra, como el sol y como el aire, se revelaba al ávido Miguel, quien iba atracándose de vida. Retozadora alegría le brincaba en el cuerpo al ver que en el mundo había más y mejor que la adustez valisoletana y que el oficial ajeteo de Madrid. Líneas interminables de esmaragdinas y agachadas chumberas partían las heredades. En procesión solemne formados á marco real ostentaban los olivos sus grandes cabezotas reflexivas. En vagos é indisciplinados pelotones trepaban por los oteros y alegraban las colinas los naranjos, dejando asomar entre el follaje arropadas sus promesas de oro. Las agudas pitas, como jitanas garbosas, dejaban desceñirse y caer al suelo en girones verdes y amarillos los faraloes de su graciosa vestimenta. A pocas jornadas, haciendo recordos, jugueteando con el paisaje apareció el rey de los ríos, el claro, el gracioso, el noble Guadalquivir, de corriente mansísima en la que naranjales y saucedas se miraban. Miguel corría de gusto, triscaba, bromeando con su hermana Andrea, moza de veinte años y de bonísimo parecer. Miguel sentía la virilidad victoriosa: era un hombre hecho y derecho.

Por fin, cierta hermosa mañana, en que el sol se repartía afa-

ble, igualitario por cima de todas las cosas y los seres, vió en lo más lejano de una dilatada llanura, junto al río, amplio manchón blanco. Acercándose poco á poco, se veía señorear la ciudad, una cosa extraña, bella á no dudar, que de lejos semejaba un árbol de oro, y más cerca una hermosísima gigante desnuda, con todas las rosadas carnes al aire, y, por último, se conoció ser la Giralda, la torre que ríe. Mirando hacia la izquierda vió Miguel surcar la llanura, al parecer, pero en realidad el río, oculta entre las frondas; unos altísimos palos con unos blanquísimos lienzos blandamente agitados por la brisa. Eran galeotas, bergantines, falucas que en el Guadalquivir se ajetreaban. Las penas y pesadumbres se habían acabado. Miguel se encontraba en Sevilla.

Los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús habían comenzado once ó doce años antes la conquista de Sevilla. De puerta en puerta mendigaron, de casa en casa se metieron, de conciencia en conciencia fueron albergándose, y al llegar en 1554 á Sevilla el converso Marqués de Lombay, á quien hoy en los altares veneramos llamándole San Francisco de Borja, hubo de felicitar por su celo al Provincial y á los buenos padres el sevillano Basilio Dávila, el P. Bautista, el P. Luis Suárez y el P. Bartolomé de Bustamante, después Provincial. Habían comenzado los Padres por recoger en su cuestación diez maravedís y cuatro mendrugos de pan y hete aquí que á los cuatro años poseían un alojamiento espacioso para residencia y escuela, tan noble y bien prevenido que el santo Francisco mandó á los Padres trasladarse á otro más humilde en la collación de San Miguel, frente á la portería de Nuestra Señora de Gracia. No fué, pues, por los aumentos materiales por lo que Lombay congratuló á sus hermanos en religión, sino antes bien por sus espirituales triunfos. Gracias á la cautela y al talento por ellos desplegado pudo atajarse la gravedad herética del detestable doctor Constantino Pérez de la Fuente, magistral de la Santa Iglesia Metropolitana, el cual, con arrebatadora y diabólica elocuencia, traía soliviantados y enajenaba un día y otro los ánimos de toda Sevilla, apartándoles del único sendero de la verdadera religión. Día

hubo en que el P. Benito, de la Compañía, viendo el estrago que las proposiciones vertidas por el doctor Constantino causaban en el auditorio, subió lleno de celo y arrebató á la cátedra que el doctor acababa de dejar y refutó sus argumentos con gran victoria suya y descanso de los atortolados y confusos oyentes. En buenas llevaban ya los jesuitas la lucha contra el protervo defensor de la conciencia libre, cuando el santo Borja, al salir de oírle un sermón, dijo, meneando la cabeza, aquel conocido verso virgiliano:

Aut aliquis latet error: equo ne crediti, Teucri...

Y días antes se expresaba en parecidos términos personaje tan granado y sesudo como el magnífico caballero y cronista cesáreo Pedro Mexía. Luchaban los jesuitas desde su pequeña casa de la collación de San Miguel, y en la otra orilla del río les prestaba ayuda poderosa, desde el Castillo de la Inquisición de Triana, su grande amigo el inquisidor Carpio, sujeto de altas prendas y de gran penetración. Al doctor Constantino fueron abandonándole ó huyéndole sus partidarios; vendieronle sus amigos del Cabildo. Murió en la cárcel de Triana y no abriéndose las venas como Séneca, ni rasgándose las heridas como Catón Uticense, pero haciendo cachos un vaso de vidrio y tragándose para que le desgarrase las entrañas, acción horrible y muy propia de hombre tan contumaz é intransigente.

Triunfantes los jesuitas en la lucha contra la herejía luterana, achicharrados además en el quemadero del campo de Tablada los más de sus secuaces públicos, entre ellos el noble D. Juan Ponce de León, segundón del conde de Bailén D. Rodrigo, y hombre tan extraviado por las malas ideas del doctor Constantino, que malrotó lo más de su fortuna en desatentadas limosnas á los pobres y en fundar un asilo para los innumerables niños perdidos que vagaban por Sevilla, el Colegio de la Compañía se vió pronto lleno de estudiantes de las mejores y más nobles familias sevillanas. Con esto y con ocho mil ducados, compraron los buenos padres en 1556, una gran casa en el barrio de Don Pedro Ponce, junto á la iglesia de San Salvador y comenzaron á leer gramática en dos salas grandes. Eran de ver—decía muchos años después

Cervantes en el *Coloquio de Cipión y Berganza* — “el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban.” Era de considerar “cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura: y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.”

Quien con tales persuasivas razones lo declara no fué sólo testigo de vista, fué casi de fijo uno de los discípulos á quien la lectura y enseñanza de los Padres aprovechó. Miguel asistía probablemente á una de las dos aulas. Sólo habiendo en ellas aprendido lo que de aprenderse fuera y obligado por la gratitud, sin premia ni fuerza de ningún género, pudo el perro Cipión decir “desa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan; son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, base sobre quien levanta todo el edificio de la bienaventuranza.” Reflexión que no pierde nada por haberla puesto su autor en boca de un perro locuaz.

La suavidad y mansedumbre con que los Padres dirigían á la juventud, según aquí se ve, y acaso la sencillez de sus estudios, que á leer gramática por el texto de Antonio (como se llamaba al maestro Lebrija) se reducían, casaban tan bien con el clima indulgente y dulce de Sevilla, que no podían menos de llevarse en pos suyo á la gente. Contrastaba tanta benevolencia con la sequedad didáctica y la severidad doctrinal de los estudios en el antiguo Colegio de Maese Rodrigo, primer embrión de la Universidad sevillana, el cual, cercado por mármoles unidos con cadenas, enriquecido con una linda capilla y soleados alegremente sus descubiertos patios, se hallaba junto á la puerta de Jerez. Acaso

Miguel se acercó á veces al Colegio de Maese Rodrigo: acaso encontró ásperos y desabridos los estudios que en él se hacían, y volvió á la gramática y á los consejos de los padres ignacianos, en cuyo colegio hallaba, en confusión gustosa, junto á mozuelos pobres como él, otros hijos de las más pudientes familias de la ciudad.

Entre ellos conoció á un cierto Matihuelo ó Mateo, que era de los avispados del estudio: mocito despabilado, inventivo, fecundo en trazas. Contaba él de sí mismo haber nacido en el cautiverio de Argel, por hallarse su madre en prisión de los piratas berberiscos, sin que, una vez libertada la buena señora, volviese á tener noticias de su marido, que en la isla de Córcega quedó. A este propósito enredaba mil ingeniosas patrañas, con paz y contento de quienes le oían, porque en la hermosa indulgencia de la gran Sevilla poco más ó menos valor tienen la mentira y la verdad. Entre los otros muchachos se susurraba que Mateo, por apellido Vázquez, era hijo de un gran señor eclesiástico á quien llamaban D. Diego de Espinosa. Mateo y Miguel se encontraron muchas veces camino del estudio. Miguel y su familia habitaban en el barrio del Duque, donde se alzaba el suntuoso palacio de los Medina-Sidonia, tan grande y rico, que al llegar Felipe II á Sevilla preguntó, si no era el palacio real aquél, cómo tenía él un vasallo bastante poderoso para gozar tan espléndida mansión. Los dos amigos solían encontrarse y pasear juntos; el uno hijo de un humilde cirujano, el otro que ni siquiera conocía á su padre, pronto se vieron ligados por esa estrecha amistad en que fanáticamente se cree antes de los veinte años. Miguel le recitó á Mateo los inmortales versos de Garcilaso; Mateo á Miguel los de Fernando de Herrera. Justamente por aquellos días se hablaba de que la bellísima señora doña Leonor de Milán, adorada por el poeta sevillano, había sido prometida en matrimonio al conde de Gelves, D. Alvaro de Portugal. El grande, el admirado vate, había de renunciar á sus únicos amores, retorcerse el corazón, hundirse en su pobreza, no volver á acordarse de la mujer idolatrada, porque no poseía el cuitado otros bienes que los de su inspiración divina.

El que subió por sendas nunca usadas (1), cayó en una desesperación profunda. El adolescente Miguel, que admiraba y reverenciaba á Herrera, aprendió entonces aquellos versos suyos, que por toda Sevilla circularon:

“Y lo que más me condena
es el bien de la memoria,
que quien más sabe de gloria
sabe más sentir de pena.”

(1) Cervantes. Soneto á la muerte de Fernando de Herrera.

CAPÍTULO V.

LAS GRADAS DE SEVILLA, ESCUELA.—LOPE DE RUEDA,
MAESTRO.

Las *gradas* de la catedral sevillana en aquel tiempo eran lo que después fueron las gradas de San Felipe en Madrid, y mucho más que esto. En la acera ancha que rodea la catedral junto á los muros de piedra, formaban una costra de humanidad y de materias más ó menos vendibles, los vendedores de frutas y hortalizas, con sus tenderetes de madera adosados al paredón, los merceros, los pasamaneros ó cordoneros que trenzaban al aire libre, los percoceros ó plateros de martillo, que en un santiamén ponían *gracias* iniciales de alambre en hebilla, sortija ó medallón, ó bien repujaban una chapilla de plata ó de oro con labores moriscas, dejándola desconocida para su legítimo dueño. Con estos medio industriales, medio hampones, alternaban en el disfrute de los poyos de fábrica arrimados á la catedral las almonedas, en donde se vendía y regateaba cuanto desperdicio innumerable da de sí una gran ciudad, los boneteros y medieros de lana, los bancos, cambiantes y banqueros al menudeo, con sus puntas de usureros y sus ribetes de ladrones. Apoyados en los marmolillos, que unidos entre sí por grueso cadenaje de hierro dulce venían á cerrar la acera, y también esparcidos por los cuatro ó cinco escalones que la alzan sobre el piso de la calle, lanzaban á los vientos sus caprichosos é inverosímiles gritos los pregoneros, oficio netamente sevillano que allí constituye una bella arte en que hay mucho de música arábica para modular las voces del pregón